

La última partida

Es la última mano.
Solo quedáis tú y el otro,
con un montón de pasta cada uno
en el centro de la mesa.
No puedes ni fumar.
La tensión se acumula en los hombros.
Acaba de salir el sol,
pero no lo ves
porque las persianas están bajadas.
Sabes que ha salido el sol
porque miras el reloj de la pared
y te dices que a esa hora
suele salir el sol.
Tenías dos nueves y una jota,
y con el descarte te ha llegado
otra jota y el nueve de picas
que tanto te gusta
desde siempre,
desde que empezaste a jugar
hace unos años
y ya no pudiste parar.
Pero hoy lo dejas.
Hoy sí.
Sobre la mesa hay mucho dinero,
más aún que el que puedes imaginar.
Tanto dinero junto no has visto en tu vida.
Te da pena dejarlo,
pero lo vas a hacer.
Cuando recojas el dinero

ya no volverás a sentarte en una partida.

Piensas en tu mujer

y te repites que nunca ha sido tu mujer:

solo os acostabais juntos,

compartíais las facturas

y os queríais sin esmero y sin futuro

algún San Valentín que otro.

Te dijo que dejaras de jugar

y tú la dejaste a ella,

aunque también pudo ser que ella

te dejara a ti,

no recuerdas;

solamente tuviste ojos

para tus contrincantes en la mesa.

Y ahora se acabó.

Cogerás el dinero y te irás,

pagando los dos whiskys que te has hecho

y dejando hasta propina.

Te comprarás un coche,

pero eso después de la casa,

una casa tranquila,

junto al mar, te dices,

pero alejada de la playa y los turistas,

de la arena y los chiringuitos.

Y a vivir, como quisiste desde pequeño,

desde siempre,

como nunca has podido.

Es la última mano.

Y tan solo quedas tú y un tipo con bigote

que asoma tímidamente

un póquer de reinas,

dejándolo sobre la mesa

con la misma tranquilidad

con la que tus sueños
se marchan
a tomar por culo para siempre.

Cuestión de tamaños

En el aseo de tíos
—donde nunca hay cola
y la gente no se lava las manos
antes de salir—
hay una fila de cuerpos
mirando al techo.

Pasan bastante
de recurrir a inútiles comparaciones.